

Hierbas, plantas, animales..., lengua y traducción (y II)

Enrique Bernárdez

Universidad Complutense de Madrid (España)

Vimos en el último número de *Panace@* (pág. 5) el error histórico al que nos llevaba traducir el inglés *corn* como *maíz* sin pensar más que en (parte de) la equivalencia léxica. Pero no son éstos los únicos errores con los que nos encontramos y de los que, con frecuencia, ni nos damos cuenta. Sucede con los nombres de plantas y de animales, sobre todo aves y peces. Los diccionarios no suelen ser demasiado útiles, porque su función no es proporcionar información sobre el hábitat, la forma de vida y demás detalles interesantes de plantas y animales. Podemos encontrar en uno, por ejemplo, que el alemán *Eiche* puede ser tanto *encina* como *roble* (ambos son *Quercus* en la denominación científica). La única posibilidad de decidir bien es conocer suficientemente ambos árboles para identificar las diferencias, sean de hábitat (en los Alpes son más frecuentes los robles, pese a lo que se tradujo en una novela alemana) o de cualquier otra característica. El traductor tendrá que familiarizarse con el nombre de la planta, del ave o el pez, aunque a lo mejor la primera entrada del diccionario fuese la correcta; pero es imprescindible asegurarse, para no situar en el frío norte escandinavo un pajarito de nuestros campos estivales o para evitar que un pez de río aparezca bogando feliz por el océano Índico. Habrá que echar mano, por tanto, no solo de enciclopedias, sino también de guías especializadas en estos seres, de los que, en general, nunca sabemos suficiente. Muchas veces habremos de trabajar a partir de la denominación científica, que es lo único seguro a ciencia cierta. Incluso en una traducción tuve que optar por usar esos nombres científicos (del estilo de *Myrica gale* y *Espidia tormentosa*) para traducir nombres ingleses de hierbas norteamericanas inexistentes en español corriente; solución imposible, ciertamente, si se hubiera tratado de una novela, por ejemplo. Claro que a veces surgen problemas aun más curiosos. Nada más fácil, por ejemplo, que traducir el inglés *robin*: es un *petirrojo* (o *pechicolorado*); pero resulta que en Inglaterra y España es un simpático y huidizo pajarillo, mientras en Norteamérica tiene un tamaño mucho mayor, camina frecuentemente por el suelo sin miedo a las personas y en realidad no está emparentado con el europeo, pues es una especie de tordo o mirlo, aunque con plumas rojas en el pecho. ¿Cómo traducir, entonces? *Petirrojo* no sería opción adecuada para el pájaro norteamericano, porque nos produciría quizá una impresión completamente distinta a la realidad, y podría dar lugar a confusiones con otras referencias en el texto (en el supuesto, claro, de que sepamos reconocer en nuestros parques a un bonito pajarito como *petirrojo*). Como el traductor no puede saberlo siempre todo, la solución es: ¡mucho ojo y a buscar confirmación!

Reproducido con autorización de *El Trujamán*,
del Centro Virtual Cervantes (<cvc.cervantes.es/trujaman/>).